

# Imaginario y realidad en la exploración de América Septentrional

*(Recibido: enero/09–aprobado: mayo/09)*

*Elvira Buelna Serrano*<sup>\*</sup>

*Lucino Gutiérrez Herrera*<sup>\*\*</sup>

*Santiago Ávila Sandoval*<sup>\*\*</sup>

“Por lo general, los hombres creen fácilmente lo que desean”  
Julio César, *Comentarios a la guerra de las Galias*

## **Resumen**

En 1539 el informe que presentó fray Marcos de Niza al virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, contribuyó a desencadenar una serie de expediciones rumbo del Septentrión que financiaron el mismo virrey y el emperador Carlos V, lo cual generó el rompimiento entre el conquistador Hernán Cortés, con las autoridades reales. La búsqueda de Cíbola y las ciudades doradas respondían más a la mentalidad e imaginario hispanos que a la realidad, sin embargo, dicha mentalidad se encontraba influida por la concepción mercantil de la riqueza que dominaba al pensamiento ibérico. El artículo trata sobre la importancia de reconocer al imaginario como un elemento metodológico para explicar la acción histórica.

**Palabras clave:** imaginario, conquista, América Septentrional.

**JEL Classification:** B1.

\*Profesora-Investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco (ebuelna2000@yahoo.com.mx).

\*\*Profesor-Investigador del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco (lucinoggh@hotmail.com).

\*\*Profesor-Investigador del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco (sas@correo.azc.uam.mx).

## Introducción

Desde un punto de vista general, la historia misma es el imaginario del pasado escrito por los historiadores. Los hechos, desde luego, existen, pero las narraciones sobre los mismos son una reconstrucción; por tanto, los productos históricos no son, como en las matemáticas, una deducción lógica de las premisas, sino el resultado de la interacción entre el proceso deductivo del historiador y el imaginario, tanto de quienes realizaron los hechos como de quien los reconstruye: los productos históricos, son el imaginario de un imaginario.

El tema de este artículo tiene que ver con el planteamiento metodológico de la reconstrucción del imaginario como elemento explicativo de la acción histórica. Desde nuestra perspectiva el imaginario es una construcción explícita de la necesidad de introducir los elementos subjetivos en el campo de la explicación histórica, comprende asimismo una forma de ver la vida en la cual concurren las creencias que están fuera del campo que vincula la percepción con la razón como base explicativa de los actos, y se encuentran en la esfera de la relación entre la percepción y la creencia.

Este trabajo se desarrolla en el marco de los imaginarios de los cronistas de Indias, aunque en particular trataremos del imaginario relativo a los hechos que circundan las rutas del descubrimiento geográfico del Septentrión de América. El ensayo se integra en dos grandes secciones. En la primera se resalta el papel de los imaginarios en el trabajo histórico y nos referimos a ellos como elementos explicativos de las acciones humanas del pasado, rechazando así el principio positivista del hecho objetivo. En una segunda parte se hace referencia a todo el proceso exploratorio realizado en las inmediaciones de la conquista de Tenochtitlán, para encontrar nuevos imperios en el norte de América, sobre la expedición a las ciudades de Cibola y en general sobre la conquista del Septentrión. Ahí nos referimos al carácter material que movía estas acciones, pero también al sentido mítico que ocasionaron los informes sobre las posibles civilizaciones ubicadas en ese territorio y de los vínculos culturales que los europeos configuraban para justificar su existencia en términos de su propio pasado.

Por último expresamos elementos del tránsito cultural vivido en Iberia después de la reconquista, porque los hombres de esta península de cultura terrestre, plena de imaginación con respecto de su posición particular en referencia a los musulmanes, se propuso surcar el mar y se convirtieron entonces en marineros y luego en los caballeros andantes de América; para tal efecto cruzaron la mar océano en sus caballos de hierro y madera, y así, con una mentalidad fantástica, asumieron tareas de descubrimiento y conquista en búsqueda de oro, ya que al moro lo habían

derrotado. Concluimos con un conjunto de comentarios relativos a el uso del imaginario como recurso explicativo en la historia.

Cabe hacer notar que nuestro trabajo encaja en el marco de estudio que proporciona la economía en el mundo moderno, es parte constitutiva del revisionismo histórico que deviene con la posmodernidad; es decir, con las explicaciones multifuncionales que dan cuenta de la creación del mundo moderno y contemporáneo del proceso civilizatorio iniciado con el Renacimiento y en el cual subsistimos, en otras palabras, se trata de la exploración de las rutas comerciales y de sistemas económicos mundiales con que los españoles pretendieron y lograron contener el monopolio musulmán e italiano en materia de especies.

### **1. El imaginario del imaginario, negación o develación de la realidad**

El trabajo histórico es siempre una reconstrucción determinada por una función subjetiva que vivifica los hechos precisando el entorno en el que suceden y los significados posibles de los mismos. Entonces no existe la objetividad del acto, sino el acto mismo, y existe siempre la subjetividad de la construcción de su significado. La historia implica una forma de asumir lo que fue la vida, una manera de explicar el “por qué” del pasado, una relación entre la racionalidad que circunda al historiador y la otredad que circunda al tiempo estudiado, un vínculo entre el conciente y el inconciente, entre la racionalidad e irracionalidad como factores que juegan un papel en la determinación de las acciones humanas y, con ellas, de los hechos y develamientos que el historiador realiza cuando explica el acontecer del hombre.

La reconstrucción que llevamos a cabo los historiadores es siempre el resultado de una hipótesis ordenadora que permite eliminar y conjuntar acciones hasta encontrar el vínculo de los eventos que se indagan. El historiador utiliza archivos, testimonios, cronologías que le permiten conocer su objeto hasta generar significados. Encontrar el significado de los hechos es el producto de esta labor, es hacer historia. Pero al realizarla, el historiador encuentra que la objetividad de sus relaciones se basa en la subjetividad de sus convicciones y, este hecho, que es perceptible a simple vista, no constituye un basamento del análisis histórico hasta que su revisión historiográfica lo hace explícito.

Todo este planteamiento previo simplemente para dejar sentado que en el tiempo la forma de hacer historia cambia, y que el desconocimiento de este acontecer limita la capacidad de comprensión, no de los hechos, sino del significado de los mismos. Es el caso del imaginario relacionado al tema particular del artículo. En efecto, al analizar los hechos de los cronistas no podemos desconocer que su interpretación del Nuevo Mundo está comprometida con sus propias creencias culturales

y con sus deseos, como lo plasma el epígrafe que encabeza el presente estudio. No es para menos, porque cuando los españoles e ibéricos en general, descubren las rutas para circundar África y lo que resultara el Nuevo Mundo, es el asombro lo que les espera, dimensiones desconocidas en todo los aspectos, geográficamente desbordante: ríos, montañas, valles y sociedades organizadas, como en el Perú y en los valles de lo que ahora es México no podían más que causar asombro y expectativas; imaginarios justificados en sus propias historias y necesidades.

El imaginario, en consecuencia, no debe verse sólo como resultado de la incompreensión, sino de la interacción entre el mundo comprendido y el mundo de las creencias. Por ejemplo, cómo comprender la realidad en el siglo de Pericles sin el conocimiento del que estaba impregnada, tanto de Sócrates y Platón como de Dionisio, ya sea por la ciencia y la filosofía, como por Tiresias y las predicciones de Delfos. Ambos universos son parte de la realidad y fundamento del dualismo en que se desenvolvía la vida cotidiana del mundo antiguo. Sin esta dialéctica que mueve la acción humana difícil es descubrir la verdad de los hechos; sin el imaginario, la realidad no resulta del todo perceptible.

El imaginario en la historia forma parte del inconciente colectivo que hace real un estado de creencia y, como la utopía, tienen un papel similar en la historia porque, al no ser suficiente para explicar los hechos pasados, sin él resulta difícil comprender las motivaciones que llevaron a los europeos a construir una realidad alternativa a la de su cotidianidad. En otras palabras, es casi inasequible la comprensión del pasado sin un entendimiento entre la dialéctica existente entre creencia y conocimiento.

## **2. Caballeros andantes en pos de las ciudades doradas**

Dado el planteamiento metodológico, podemos ubicar conocimientos y creencias respecto de la redondez del mundo desde tiempos remotos, éstos, a partir de diferentes ópticas, se constituyeron en móviles de la actividad humana que hicieron posible la modernidad; por ejemplo, desde el mundo antiguo, cuando los griegos aceptaban que la tierra era redonda, se tenía la creencia de que en el mundo existía la Atlántida. En el mundo medieval europeo, caracterizado por la opresión y la escasez, surgieron muchas creencias relativas a la libertad y a la existencia de sitios signados por la abundancia. Una de estas creencias era la del legendario reino de Juan Preste; otra fue la de los siete obispos de Mérida, quienes habían huido de los moros llevando consigo los símbolos sagrados y construido siete ciudades caracterizadas por la abundancia en las tierras ulteriores. Pues bien, aunque estas creencias no resultaron verdaderas, movieron la acción humana como si en realidad lo fueran. Con esto queremos decir

que el imaginario puede corresponder a la verdad aceptada por un conjunto social, pero no a la verdad de la historia del mismo conglomerado, y, sin embargo, puede explicar las acciones humanas de los mismos.

Cuando observamos a los ibéricos al término de su reconquista es de resaltar su convicción de alejarlos para siempre de sus costas con una doble acción: la extensión de la guerra y la ruptura del monopolio comercial con el oriente. Para estos fines los ibéricos tomaron Ceuta, encabezados por Enrique el Navegante, descubrieron la relación ciencia-tecnología en la transformación de los medios de transporte marino, como las carabelas, invento tan eficiente como lo sería posteriormente la máquina de vapor, en ellas portugueses y españoles salieron de sus terruños. Eran caballeros surcantes que cambiaron los valles por el océano y encontraron nuevos territorios, inmensos en donde cabalgar. Motivados por su pasado andante salieron de Iberia decididos a circundar el globo, y así lo hicieron: navegaron a lo largo de las costas de África abriendo rutas nuevas al comercio; descubrieron América y, en este nuevo continente desde su extremo austral hasta el septentrión, nunca desistieron de hacerlo para hacer realidad sus idealizaciones.

Este ensayo tiene como objetivo central estudiar las rutas del septentrión de América, a continuación, relatamos brevemente los viajes emprendidos hacia esos territorios para descubrir nuevas civilizaciones y riquezas. Lo primero que señalamos es que en su búsqueda se organizaron expediciones que tuvieron como origen tres fuentes de poder institucional: la Nueva España, organizadas, unas, por el conquistador de México y otras por el propio virrey, y desde la Península, una más instrumentada por el rey Carlos V.

La primera fue la poco afortunada expedición encabezada por Pánfilo de Narváez, de la cual conocemos la relatoría hecha por Cabeza de Vaca. Desde la Nueva España se organizaron las tres expediciones financiadas por Hernando Cortés, la última comandada por él mismo, plena de arrojo y desventura, pero no de rentabilidad; el conquistador no logró ni siquiera reponer la costosa inversión que se realizó, su valor estaba en que dejaron conocimientos primarios sobre el territorio de las Californias. El propio virrey Antonio de Mendoza organizó la jornada de reconocimiento del Septentrión después de conocer el informe de Cabeza de Vaca, y fueron estos expedientes el origen del mito de las siete ciudades doradas de Cíbola, mejores y más importantes que Cuzco y Tenochtitlán. La organización de su conquista puso de manifiesto el desengaño de los descubrimientos tras constatar la realidad de las ciudades encontradas con las buscadas. Por último, la expedición auspiciada por el emperador, la del gobernador de Cuba Hernando de Soto, quien no sólo perdió sus recursos, sino la vida misma en el intento de revivir las hazañas que le dieron fama como conquistador en Nicaragua y Perú, donde lo había distinguido

su heroicidad. Todas ellas son muestras de un estado de conciencia sobre realidad y ficción, pero a su vez son ejemplos de la acción humana, específicamente ibérica, por conocer y realizar expectativas de honor, riqueza y religión. Esta trilogía de valores dialécticos caracteriza todas sus actividades en el siglo XVI.

### **3. Imaginación y realidad, las expediciones**

La imaginación sobre el informe que constituyó un testimonio del fracaso expedicionario de Pánfilo de Narváez, generó tanto en la Nueva España como en la Península, un importante sentimiento contrario a su intención, que se explica no por las luchas sino por los imaginarios en la exploración del Septentrión de América

#### *3.1 Las rutas de Cabeza de Vaca*

En el mes de julio de 1536, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca entró a la Ciudad de México Tenochtitlan junto con otros tres sobrevivientes de la expedición que enviara el rey Carlos V a conquistar La Florida en el año de 1527. Los extraviados fueron recibidos por el mismo virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, con honores, también fueron testigos de su arribo Hernán Cortés, los conquistadores de la Nueva España y los vecinos de la ciudad, quienes manifestaron su júbilo, admiración y curiosidad por conocer las peripecias de su larga travesía, la cual se extendió desde la actual Tampa Bay en Florida, a donde llegaron en abril de 1528, hasta Culiacán, Sinaloa, lugar poblado por españoles y que encontraron en febrero de 1536.

Rolanda Adorno deduce que Cabeza de Vaca y sus acompañantes llegaron a montar un espectáculo sobre los avatares de su recorrido por las tierras ignotas del norte.<sup>1</sup> Menciona que Alonso de Barrera, uno de los expedicionarios que acompañó al gobernador Pánfilo de Narváez a su salida de España en 1527, había regresado a La Habana en uno de los navíos cuando dieron por perdidos a sus compañeros y que vivía en Nueva España desde 1531, recordaba haber visto a los cuatro hombres en la iglesia principal “vestidos de cueros como habían llegado de la dicha tierra de la Florida”.<sup>2</sup>

Los relatos de Cabeza de Vaca maravillaron a su audiencia y los movieron a realizar grandes hazañas y conquistas en las tierras ignotas; el mismo virrey decidió

<sup>1</sup> Adorno (2004: 251-268).

<sup>2</sup> Adorno (2004: 255).

ir en pos de las ciudades doradas, de las minas de oro y plata que posiblemente existían en aquellas regiones. Hernán Cortés se sintió agredido por las pretensiones del virrey, pues él había conseguido la concesión de la Corona para conquistar el Mar del Sur, la querrela se prolongó hasta finales de la década de los treinta, cuando el conquistador decidió ir a España en diciembre de 1539 o enero de 1540 a reclamar sus derechos, viaje que le costó no regresar a la Nueva España.

En el mes de abril de 1537, Cabeza de Vaca se embarcó rumbo a España y escribió la relación de sus desventuras, en cuyo proemio destacó que dicho relato era el único servicio que podía hacer al emperador, después de que la expedición que llevaba como encargo la conquista y colonización de La Florida había fracasado rotundamente.<sup>3</sup> El libro se publicó en Zamora en 1542. En él, a pesar de que nunca menciona haber encontrado alguna ciudad relevante, mantiene hasta el final la expectativa de que podía encontrarse oro y piedras preciosas.<sup>4</sup> El relato del naufrago causó un profundo impacto entre los aventureros españoles, ávidos de realizar grandes empresas y vencer a temibles infortunios, cual quijotes ibéricos. Los españoles eran realmente quijotes universales, seres imaginando lo imaginado y haciendo ésto encontraron América, y en ella Cuzco y Tenochtitlan. Cuando Cabeza de Vaca emitió su juicio sobre posibles ciudades, los españoles encontraron el fundamento que deseaban para seguir haciendo lo que tan bien hacían, y siguen haciendo: imaginar la realidad. No obstante, queda claro que no fue el relato, sino

<sup>4</sup> “Entre estas casas había algunas de ellas que eran de tierra, y las otras todas son de estera de cañas; y de aquí pasamos más de cien leguas de tierra, y siempre hallamos casas de asiento, y mucho mantenimiento de maíz y frísoles, y débannos muchos venados y muchas mantas de algodón, mejores que las de la Nueva España. Débannos también muchas cuentas y de unos corales que hay en la mar del Sur, muchas turquesas muy buenas que tienen de hacia el Norte; y finalmente, dieron aquí todo cuanto tenían, y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus arietos y bailes. Y pareciéndome a mí que eran muy buenas, les pregunté de dónde las habían habido, y dijeron que las traían de unas sierras muy altas que están hacia el Norte, y las compraban a trueco de penachos y plumas de papagayos, y decían que había allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes”.

“Por toda esta tierra donde alcanzan sierras vimos grandes muestras de oro y alcohol, hierro, cobre y otros metales. Por donde están las casas de asiento es caliente, tanto, que por enero hace gran calor. Desde allí hacia el mediodía de la tierra, que es despoblada hasta la mar del Norte, es muy desastrosa y pobre, donde pasamos grande e increíble hambre. Y los que por aquella tierra habitan y andan es gente crudelísima y de muy mala inclinación y costumbres. Los indios que tienen casa de asiento, y los de atrás, ningún caso hacen de oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello”.

“[...] y con mucho trabajo e importunación les hicimos volver a sus casas, y les mandamos que se asegurasen, y asentasen en sus pueblos, y sembrasen y labrasen la tierra, que, de estar despoblado, estaba ya muy llena de monte; la cual sin duda es la mejor de cuantas en estas Indias hay, y más fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres veces en el año. Tienen muchas frutas y muy hermosos ríos, y otras muchas aguas muy buenas. Hay muestras grandes y señales de minas de oro y plata; la gente de ella es muy bien acondicionada; sirven a los cristianos (los que son amigos) de muy buena voluntad. Son muy dispuestos, mucho más que los de Méjico, y, finalmente, es tierra que ninguna cosa le falta para ser buena”. Adorno (2004: 255).

la imaginación, la que los indujo a buscar lo que imaginaban que era la realidad, la suposición que transformó el relato en una seducción que se convirtió en acción: en acción histórica.

### *3.2 Expedición comandada por Pánfilo de Narváez, 1527*

El Emperador Carlos V concedió a Pánfilo de Narváez poder y mando para conquistar y gobernar las provincias que estuviesen más allá del Río de las Palmas (actual río Soto la Marina en Tamaulipas), hasta el Cabo de la Florida. Es conveniente aclarar que, como aún no se conocía nada sobre la geografía de estos lugares, los límites podían ser cualesquiera. En esta expedición Cabeza de Vaca fue nombrado tesorero y alguacil mayor de tales provincias. El 17 de junio de 1527 se embarcaron en San Lúcar de Barrameda cinco naves con 600 hombres. Después de arribar a Santo Domingo, donde permanecieron 45 días, partieron a Santiago de Cuba, después al Cabo de Santa Cruz y a la Trinidad. A partir de entonces la expedición sólo padeció desgracias, en ese lugar los azotó un huracán que destruyó dos barcos. Ante la adversidad, decidieron invernar en el puerto de Xagua, actual bahía de Cienfuegos, y recuperarse.

Finalmente Narváez se hizo de otro navío y de un bergantín, y embarcó rumbo a la Florida en el mes de febrero de 1528. En abril del mismo año llegaron a la actual Tampa Bay, lugar en el cual, según el relato del andaluz, hallaron lienzo y paño, penachos y muestras de oro:

Por señas preguntamos a los indios de adónde habían habido aquellas cosas; señalaronnos que muy lejos de allí había una provincia que se decía Apalache, en la cual había mucho oro, y hacían seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decían que en Apalache había mucho, y tomando aquellos indios por guía, partimos de allí.<sup>5</sup>

El tránsito hacia lo que entendieron era Apalache fue duro y difícil. Desde ese momento hubo muestras de desavenencias entre Narváez y Cabeza de Vaca respecto a las tropas de mar y tierra. El primero proponía que los navíos fueran costeando y los hombres que permanecieran en tierra tendrían acceso a las embarcaciones en cualquier momento; el segundo estaba convencido de que primero debían arribar todos a un puerto seguro, después partirían las expediciones terrestres. Narváez logró imponer su punto de vista. Esto acarreó como consecuencia que los navíos nunca volvieran a encontrar a los 300 expedicionarios que siguieron el camino terrestre, y después de buscarlos durante un año decidieron regresar definitivamente a La Habana.

<sup>5</sup> Adorno (2004: Cap. IV).

Dos meses después, el 24 de junio de 1528, Narváez y sus hombres llegaron a la tierra prometida, pero su decepción fue mayúscula cuando encontraron que:

En el pueblo había cuarenta casas pequeñas y edificadas, bajas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suele haber. El edificio es de paja, y están cercados de muy espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua, donde hay tantos y tan grandes árboles caídos, que embarazan, y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligro.<sup>6</sup>

Para cruzar los caudalosos ríos, probablemente el actual Mississippi, Narváez y su compañía construyeron balsas con las que navegaron a lo largo de la costa norte del Golfo, esperando alcanzar lo más pronto posible el norteño asentamiento español de Pánuco. Las cinco balsas transportaron aproximadamente doscientos cincuenta hombres, que alcanzaron la costa oeste del Golfo en el este del actual estado de Texas, pero sólo quedaron los cuatro sobrevivientes: Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes y Alonso del Castillo Maldonado, así como el esclavo africano de Dorantes, Esteban.

Durante su recorrido sufrieron la esclavitud y las más extremas necesidades entre los indios de la región costera de Texas, a lo largo de un poco más de seis años y medio, cuatro de los cuales estuvo Cabeza de Vaca separado de sus tres compañeros. Luego de reunirse en 1534, volver a separarse y reencontrarse nuevamente, se fugaron en el verano de 1535, fueron conducidos durante diez meses, entre 1535 y 1536, por un grupo de nativos de un lugar a otro a través de las montañas y los valles del sudoeste de Texas y el noroeste de México. Su peregrinación terminó en 1536 en el Río Petatlán (hoy el Sinaloa), donde los encontró una avanzada de españoles cazadores de esclavos procedentes del asentamiento norteño de San Miguel de Culiacán, en la antigua provincia de Sinaloa.

### *3.3 Expediciones de Hernán Cortés, 1532-1536*

Hernán Cortés regresó de España en el año de 1530 tras defender ante Carlos V sus posesiones y denunciar los abusos que había cometido en su contra la Primera Audiencia. En 1529 el monarca le había concedido las mercedes reales sobre 23,000 vasallos en 22 pueblos, el título de Marqués del Valle de Oaxaca, el nombramiento de capitán general de la Nueva España y del Mar del Sur, lo cual quería decir del Pacífico, puesto que al Atlántico se le denominaba el Mar del Norte. Asimismo

<sup>6</sup> Adorno (2004: Cap. VI).

recibió de la reina Juana, la madre del emperador, las capitulaciones para los descubrimientos de dicho mar. Entre julio de 1530 y enero de 1531 Cortés se vio obligado a esperar en Texcoco el arribo de la Segunda Audiencia, pues por orden real se le había prohibido entrar a la Ciudad de México hasta que llegaran a ésta los representantes del gobierno de la Corona. En el mes de septiembre Cortés recibió en Cuernavaca la confirmación de la capitulación para la exploración y conquista del Mar del Sur, apresurándolo a iniciar la construcción de la armada. En 1532 se abocó a organizar la expedición, donde imaginaba que podría existir algún otro imperio similar al de Tenochtitlan, sólo que, en este caso, su imaginación tenía como respaldo su propia historia.

### 3.3.1 Primera expedición al Mar del Sur

El 30 de junio de 1532 salieron del puerto de Acapulco las naves San Marcos y San Miguel con 80 soldados bajo las órdenes del capitán Diego Hurtado de Mendoza, primo de Cortés, con el encargo de explorar las islas y costas del Pacífico más allá de la Provincia de Nueva Galicia que gobernaba Nuño de Guzmán. En el puerto de Matlanchel o Xalisco (San Blas) intentaron proveerse de agua, pero se los impidieron los subordinados de Guzmán. Llegaron a la Isla la Magdalena (una de las Islas Marías) y después a Culiacán, probablemente a Altata o la ensenada de Pabellón. Los soldados se amotinaron y tomaron una nave, la otra la conservó Hurtado, quien naufragó y murió con los hombres que lo acompañaban. Mientras tanto, de los cuarenta amotinados, veinte de ellos se empeñaron en permanecer en tierra, caminaron durante cuarenta días hasta Jalisco, donde Guzmán los hizo sus prisioneros. Los otros veinte navegaron, pero naufragaron en Bahía de Banderas, lugar en el que fueron atacados por los indios, murieron diecisiete, uno de los sobrevivientes se unió a Nuño de Guzmán, otros dos caminaron hasta Acapulco y dieron cuenta de sus desgracias. La primera expedición explica el estado de contradicción y lucha interna entre los españoles por dominar sus propios territorios, de la frustración de los descubrimientos con relación a las expectativas, pero la motivación de Cortés para encontrar nuevos reinos en el norte no cejaba.

### 3.3.2 Segunda expedición

Ante el fracaso, Cortés decidió supervisar la construcción de nuevos navíos, así que en noviembre de 1532 se trasladó a Tehuantepec, donde tenía su astillero. Las naves Concepción y San Lázaro estuvieron listas para zarpar en octubre de 1533, y se hicieron a la mar el día 30 de dicho mes en el puerto de Santiago de

Buena Esperanza, cerca del actual Manzanillo. La Concepción quedó al mando de otro primo del marqués, Diego Becerra de Mendoza; San Lázaro fue capitaneada por Hernando de Grijalva. Sin embargo, desde el primer momento se presagió la mala fortuna, pues el día 1º de noviembre el mal tiempo obligó a los navíos a separarse.

Las desavenencias entre el capitán Becerra de Mendoza y el piloto Fortuno Jiménez de La Concepción generaron graves problemas, al grado de que el segundo se concertó con algunos marineros para matar al primero durante la noche. Los frailes que acompañaban a los expedicionarios impidieron más muertes y conminaron a los amotinados a dejar a los heridos en la costa. El barco continuó su cometido, llegó hasta la Bahía de Santa Cruz (La Paz), donde encontraron perlas. Los indios del lugar mataron a quienes desembarcaron, el resto regresó a las costas de Jalisco. Ahí Nuño de Guzmán se apoderó de la nave.

Mientras tanto, el capitán Grijalva buscó durante dos días la nave perdida. El 20 de diciembre desembarcaron en la Isla Santo Tomás, una de las Revillagigedo, y emprendieron el regreso. Finalmente llegaron al puerto de Acapulco y se dirigieron a Tehuantepec en febrero de 1534. Esta expedición aportó mapas, descripción de la fauna, e incluso la existencia de un hombre pez, probablemente un manatí. Nuevamente el éxito fue pírrico, no obstante, la motivación permaneció indeleble.

### 3.3.3 Tercera expedición

Un año después, en febrero de 1535, Cortés en persona decidió participar en los descubrimientos. Construyó otros dos barcos, Santa Águeda y Santo Tomás, a los que se les sumó el San Lázaro. Decidió enviar un contingente por tierra, que él mismo conducía. Cuando sus antiguos compañeros de armas se enteraron de la participación del extremeño, inmediatamente ofrecieron sus servicios porque seguramente el marqués realizaría otra gran conquista.

El punto de reunión entre la armada marítima y la terrestre sería Chame-tla en el actual estado de Sinaloa. Evidentemente el contingente tenía que pasar por Nueva Galicia. El marqués se encontró con Nuño de Guzmán en Compostela, y para su asombro, éste lo trató con toda consideración, incluso le proporcionó bastimentos, probablemente porque las tropas del conquistador sumaban más de trescientos hombres.

El 15 de abril de 1535 el ejército de tierra encontró a los tres navíos en Chame-tla, tal y como lo habían convenido. Una tercera parte de los hombres se embarcaron y arribaron a la Bahía de Santa Cruz, el resto aguardó el regreso del

navío que los trasladaría a la península. Sin embargo, debido al mal tiempo les fue imposible embarcar y quedaron varadas más de tres meses. Por esta razón, los hombres del contingente terrestre, hambrientos, decidieron abandonar la empresa. En cuanto el temporal amainó, una de las naves transportó alimentos a quienes se habían quedado en la actual bahía de La Paz. Mientras tanto, Cortés y sus hombres vivieron las inclemencias del tiempo y la falta de abasto, al grado de que murió casi la cuarta parte del contingente, unos 23 hombres. Las otras dos naves emprendieron el viaje de regreso, una de ellas encalló en Matanchel (San Blas), la otra sufrió la misma suerte entre dos arrecifes en Guayabal, cerca del río Mocorito. El navío donde regresó Cortés también tuvo un percance, pero él esperó hasta que logró salir a flote y llegaron a buen puerto para reparar el barco. Finalmente, con grandes pérdidas de hombres y recursos el conquistador regresó a Acapulco en abril de 1536, y en junio del mismo año se encontraba en Cuernavaca, un mes después llegaron a la Ciudad de México Cabeza de Vaca y sus tres compañeros.

Francisco López de Gómara describe bien las expectativas de Cortés respecto a la conquista del Mar del Sur:

Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva España; pero no hizo más de lo que digo tengo, tanta nao como armó, aunque fue allá él mismo. Creese que hay muy grandes islas y muy ricas entre la Nueva España y la Especería. Gastó doscientos mil ducados, a la cuenta que daba, en estos descubrimientos, que envió muchas más naos y gente de lo que al principio pensó, y fuera causa, como después diremos, que hubiese de tornar a España, tomar enemistad con el virrey don Antonio, y tener pleito con el rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas<sup>7</sup>.

En síntesis, la obsesión por descubrir nuevos imperios, proporcionó conocimientos sobre el territorio y, un resultado inesperado, nuevas motivaciones que dieron fin a la presencia de Cortés en sus territorios conquistados. Éste no regresó más, la batalla en contra del virrey en referencia al Mar del Sur también la perdió; el reconocimiento del Septentrión, de su ficción y de su realidad fue realizada por obra de Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España.

<sup>7</sup> López de Gómara (1947: 202).

### 3.4 Expediciones de don Antonio de Mendoza, 1539-1542

#### 3.4.1 Marcos de Niza, un fraile quijotesco

El virrey don Antonio de Mendoza quería para sí la gloria de conquistar otros reinos, posiblemente tan prominentes como la antigua Tenochtitlan. Pero para asegurar el futuro de su empresa, pensó en la conveniencia de enviar a un hombre fiable que pudiese certificar las historias un tanto inverosímiles de Cabeza de Vaca. Solicitó al provincial de los franciscanos que le recomendara a un religioso capaz de cumplir tan importante encargo. En ese entonces el provincial era fray Antonio de Ciudad Rodrigo, quien, después de consultar con los definidores diputados de la Provincia del Santo Evangelio de la Nueva España propusieron a fray Marcos de Niza, a quien recomiendan como:

[...] sacerdote, fraile y religioso y en toda virtud... [quien] fue aprobado y habido por idóneo y suficiente para hacer esta jornada y descubrimiento, así por la suficiencia arriba dicha de su persona como por ser docto, no solamente en teología, pero aún en cosmografía en el arte de la mar .

Fray Marcos había participado con Francisco Pizarro y Hernando de Soto en la conquista de Cuzco, después había partido a Guatemala y llegó a la Ciudad de México en 1536. Fue escogido debido a sus méritos supuestos por el virrey, quien le solicitó informes sobre la geografía de la región, las características de la población, cuál era la calidad y fertilidad de la tierra, sus plantas, animales, la orografía, los metales que en ella hubiera. En este viaje de reconocimiento Esteban, el negro que había acompañado a los naufragos sobrevivientes, iría como guía.

En la relación que presentó al virrey sobre su viaje nunca demostró ser un hombre docto y versado en cosmografía, aunque sí uno de gran imaginación; no dio cuenta pormenorizada de las características de los lugares que recorrió, la posible ubicación de los mismos, no elaboró mapas, tampoco describió las condiciones climatológicas, la orografía, ni la flora, ni la fauna como lo hicieran otros expedicionarios, y que contribuyó a que poco a poco se fuera acumulando el conocimiento para elaborar las diversas cartografías del globo terráqueo; en contraste, su relato versó sobre las noticias que recibía de los expedicionarios acerca de la existencia de ciudades y reinos fantásticos.

La *Relación* fue entregada el 2 de septiembre de 1539 al virrey, el oidor Francisco de Ceynos, el gobernador de Nueva Galicia, Francisco Vázquez de Coro-

nado, testigos y escribanos, certificando que era verdad su contenido. Es un relato breve de nueve fojas escritas por ambos lados.

El texto inicia con la salida de la expedición conducida por el franciscano el 7 de marzo de 1539 de la Villa de San Miguel de Culiacán, con el negro Esteban de Dorantes por guía y la compañía de una cantidad indeterminada de indios, unos de ellos eran naturales de los pueblos llamados Petatlán y Cuchillo, ubicados en las inmediaciones de Culiacán, otros que el virrey había comprado y liberado para tal propósito.

De los lugares a donde llegaba, sólo menciona el nombre de dos poblaciones, Petatlán y Vacapa, no los describe, sino que hace alusión a que lo recibían con rosas, comida, le hacían casas de petates y ramas donde estaba despoblado, que le tocaban la ropa y le decían sayota, que, según él, quería decir hombre del cielo, a lo que respondía que había un señor en el cielo y una majestad en la tierra.

La narración se avoca principalmente a dar noticia de posibles riquezas: conoció a indios de las islas donde había estado Cortés con collares de conchas, les preguntó si tenían perlas y contestaron que así era; preguntaba por grandes poblaciones y le contestaban que después de la sierra, en una llanura, se encontraban éstas, con habitantes que vestían algodón; él le mostraba metales y los indios tomaban el oro y le decían que en esos lugares había en gran cantidad.

Al llegar a Vacapa, envió a tres encargados de darle informes, a unos indios hacia el mar y a Esteban con otros indígenas hacia el norte. Después de cuatro días, el negro Esteban envió mensajeros con buenas noticias, le habían informado de una ciudad enorme llamada Cibola, la primera de siete ciudades maravillosas donde existían casas grandes de piedra y de cal, de uno, dos o tres pisos, incluso la de su gobernante era de cuatro; las puertas de las casas principales estaban labradas con turquesas, de las que había en abundancia.

De la *Relación* se deduce que salió de Vacapa siguiendo los pasos de la avanzada que conducía Esteban. En la medida que pasaba el tiempo, recibía mayores nuevas, pues no sólo estaban las siete ciudades, sino había otros tres reinos: Maratta, Acus y Totontec, y los indios afirmaban que este último era el más rico de todos, incluso había paños como el que el fraile vestía, y, en su relato menciona que llevaba un hábito de paño pardo llamado de Zaragoza que le había regalado Francisco Vázquez de Coronado. En una de las poblaciones los lugareños tocaban el hábito y le decían que había mucho en Totontec, que lo traían vestido los naturales de ahí. Él se rió y dijo que no podía ser, que llevarían mantas de algodón como las que ellos, quienes respondieron: ¿piensas que no sabemos que esto que tú traes y lo que nosotros traemos es diferente? Le dijeron que en Cibola todas las casas estaban llenas de ropa de algodón, pero en Totontec había unos animales pequeños de los que sacaban lo necesario para hacer la tela como la de su hábito. Quiso saber

más acerca de tales animales, y le contestaron que eran del tamaño de dos galgos de Castilla, como los que llevaba Esteban, y había muchos en Totonteac. No pudo saber qué género de animal era.

En otra población tuvo noticias de Cíbola, como en la Nueva España se había tenido de México y en Perú de Cuzco. Eran noticias sobre la estructura de las casas, detalles de la población, calles y plazas, datos en relación a personas que habían estado en ella muchas veces y traían de allá las cosas que tenían. Él cuestionaba que las casas tuvieran varios pisos, ellos tomaban tierra y ceniza, vertían agua y señalaban cómo ponían la piedra y de qué manera subían los edificios, los cuales eran muy altos. Les preguntaba cómo podían subir tantos pisos, si tenían alas, se reían y le señalaban la escalera. Decían que cada piso era del tamaño de un hombre más un palo. También aquí le hablaron sobre los paño de lana de Totonteac. Le decían que ahí las casas eran más y mejores que las de Cíbola.

A finales de mayo, cerca de tres meses después de haber iniciado el recorrido, llegó cerca de Cíbola. Ahí vieron a un joven indio, hijo de un principal, que huía porque los habitantes de la gran ciudad habían matado a Esteban y a los 300 indios que lo acompañaban. Más adelante encontraron a otros dos sobrevivientes, quienes narraron cómo Esteban había enviado su calabazo con mensajeros según acostumbraba para enterarles de su arribo. El calabazo llevaba unas hileras de cascabeles y dos plumas, una blanca y otra colorada. Llegaron a Cíbola ante el señor y le dieron el calabazo. Éste lo tomó en las manos y vio los cascabeles. Arrojó el calabazo al suelo con ira y enojo y ordenó a los mensajeros que se fueran, él conocía qué gente era aquella, advirtió que no entraran a la ciudad porque si los hacían los mataría. Los mensajeros volvieron e informaron a Esteban lo sucedido, éste afirmó que eso no era nada, que los que se mostraban enojados los recibían mejor y prosiguió su camino hasta llegar a Cíbola, ahí no sólo se le impidió entrar, sino también fue hecho prisionero, y encerrado en una casa grande ubicada fuera de la ciudad, donde estuvieron toda la noche sin alimento ni agua. Al día siguiente, los cibolenses salieron a matar a los intrusos que no hicieron caso de sus advertencias.

Ante el relato sobre la muerte de Esteban fray Marcos de Niza repartió regalos a los principales y les invitó a continuar hasta la ciudad, prometió que el Señor castigaría a Cíbola y también el emperador en cuanto supiera lo que había pasado, y enviaría muchos cristianos a castigarlos. Los indios no le creyeron porque dijeron que nadie bastaba contra el poder de Cíbola. Los consoló lo mejor que pudo; un indio llamado Marcos que llevó de México le dijo: “padre, éstos tienen concertado matarte porque sus parientes murieron por tu causa y por Esteban”. Él les repartió la ropa y rescate que le quedaba y les dijo que si lo mataban no le hacían

ningún mal porque moría cristiano y se iría al cielo, en cambio, sus asesinos penarían toda la eternidad, los cristianos irían a buscarlo y castigarían su muerte. Les rogó que fueran a Cíbola para ver si había escapado algún otro indio. Ninguno deseaba ir. Él afirmó que de cualquier forma iría a ver la ciudad, después, cuando lo vieron determinado a seguir, dos principales lo acompañaron, con ellos y dos indios suyos continuó el camino hasta Cíbola.

Fray Marcos sostiene que vio de lejos la ciudad. Ésta se encontraba asentada en un llano a la falda de un cerro redondo, era un hermoso de pueblo, el mejor que en esas parte había visto. Las casas eran a la manera que le habían dicho los indios, todas de piedra con pisos y azoteas, y fue lo que le pareció ver desde un cerro. La población era mayor que la de la Ciudad de México. Finalmente temió por su vida porque no podría dar relación de esa tierra, que, a su ver, era la mayor y mejor de todas las descubiertas. Les dijo a los principales lo bien que le parecía Cíbola. Le dijeron que era la menor de las siete ciudades, que Totontec era mucho mayor y mejor que estas siete. Vio la disposición de la ciudad y le pareció llamar a aquella tierra el nuevo reino de San Francisco, hizo un montón de piedra y puso una cruz delgada y pequeña porque era lo único que tenía para hacerla, dijo que ponía aquel mojón en nombre de don Antonio de Mendoza, gobernador de Nueva España y en señal de posesión de las siete ciudades y reinos de Totontec, de Acus y de Maratta.

#### 3.4.2.1 El informe que dejó entrever lo que todos deseaban ver

El informe de Niza fraile impresionó a las autoridades virreinales, básicamente porque era una persona con reputación suficiente. No obstante, las expediciones que desencadenó demostraron que sus aseveraciones eran erróneas. Cabe preguntarse: ¿por qué fray Marcos presenta un informe sin poner visos de incertidumbre en lo reportado, él sabía que su seguridad al informar generaría subsecuentes expediciones, el destino de innumerables recursos y su reputación? Hay varias posibilidades aunque el asunto no sea sencillo.

La explicación podría ser el sentido de iluminado del informante, en tal caso, era un fraile que veía lo que quería ver, y que los indios informantes comprendiendo ésto, y que respondían lo que deseaba oír, en tales circunstancias la comitiva que le circunda extrapolaba su visión mimetizando e idealizando el cometido místico y mercantil de la expedición.

Podría decirse a la vez que la mimetización de la realidad poseía elementos que le respaldan, tales como la dificultad de comprensión de lo dicho por los indios, y que esto indujera conclusiones erradas. Su informe, no obstante, tiene la peculia-

ridad de no detallar nada, sólo apunta sobre la existencia de reinos mejores que los encontrados en el sur, no da ninguna indicación científica de tipo étnico o geográfico, señala la existencia de diferentes poblaciones que hablaban diversas lenguas, pero no hay referencias a las dificultades de comunicación de las que puede derivar su equivocación. De esta manera tenemos un campo amplio para respondernos sobre la relación entre imaginación y hecho, es decir entre creencia e historia.

Existe también la posibilidad de que fray Marcos nunca haya pasado de Vacapa y que se haya quedado varado, esperando en ese lugar los informes de la expedición comandada por Esteban. Esto explicaría el por qué no describe los lugares, no hace alusión al clima, a la flora, todas sus descripciones, incluso de animales, son producto de lo que le comentan. Ensimismado en sus creencias obsesivas los indios, ya fueran los supuestos informantes de los lugares o los guías que llevaba de México, le decían lo que deseaba escuchar, creando así un imaginario que correspondía a sus preguntas incisivas; por ello Cíbola, la ciudad dorada, poco a poco se convirtió en un reino conformado por siete ciudades que después, no sólo era un reino, sino que había otros tres, cada uno con siete ciudades que fueron adquiriendo nombres, y en unos meses, uno de los reinos, Totontecac, era mayor y la misma Cíbola, la cual de por sí era “la mayor y mejor de todas las descubiertas” según afirma y pudo observar a lo lejos. Asimismo, las casas edificadas en pisos se fueron elevando de cuatro a diez, los paños fueron adquiriendo mejor calidad, los collares de turquesas daban más vueltas al cuello de sus portadores.

Otra explicación es que la incomprensión no fuera producto de una muy deficiente comunicación, sino del marco de referencia de sus formas de vida; de esta manera cuando fray Marcos preguntaba si existía una gran ciudad, los indios respondieran que sí la había de acuerdo a sus propios referentes, y se refirieran a una gran ciudad en relación a sus caseríos, fray Marcos hacía lo propio y se imaginaba una ciudad grande como Cuzco o Tenochtitlan.

Casi al final del relato, el franciscano menciona que Esteban le había enviado un mensaje en el cual le comentaba que confiara en los indios, pues todo lo que le habían dicho respecto a los lugares por los que andaba era verdad, y él mismo se reafirma expresando que también él lo había constatado. Esta aseveración nos muestra que fray Marcos dudaba acerca de la veracidad de los relatos, pero que mismo se autoconvencía, o tal vez los informantes disipan sus dudas.

Aquí tuve mensajeros de Esteban, los cuales de su parte me dijeron que iba ya en el postrer despoblado y muy alegre por ir más certificado de las 30 grandezas de la tierra, y me envió a decir que desde que se apartó de mí nunca había tomado a los indios en ninguna mentira, ya que hasta allí todo lo había hallado por la manera que le habían dicho,

y que así pensaba hallar lo demás y así lo tengo por cierto porque es verdad que desde el primer día que yo tuve noticia de la ciudad de Cíbola y los indios me dijeron todo lo que hasta hoy he visto, diciéndome siempre los pueblos que había de hallar en el camino y los nombres de ellos y en las partes donde no había poblado me señalaban donde había de comer y dormir sin haber errado en un punto con haber andado desde la primera nueva que tuve de la tierra hasta hoy, ciento y doce legas, que no parece poco digna de escribir la mucha verdad de esta gente.<sup>8</sup>

Esta cita también sugiere la idea de la participación de Esteban en un entramado de engaños que fomentaran las creencias del sacerdote, tal vez auspiciado por el esclavo de Dorantes para cambiar su vida.

Cuánta imaginación negada por la realidad ocasionaría el imaginario creado por el franciscano, cuántas consecuencias negativas propició su falta de capacidad geográfica y de observación; y, sin embargo, cuántas expediciones y esfuerzos ocasionarían su informe. La situación en la cual se redacta la *Relación*, la manera en que arguye su veracidad hace patente la fuerza que tiene la frase de Julio César de que, por lo general, los hombres, y añadiría, las sociedades que integran, “creen fácilmente lo que desean creer”, tal y como sucedió con esta relación que encendió las expectativas a pesar de sus carencias.

#### 3.4.2.2 Expedición de Francisco Vázquez de Coronado, 1540-1542

Después de conocer la *Relación* de fray Marcos de Niza, don Antonio de Mendoza no perdió tiempo para organizar la siguiente expedición a Cíbola, él mismo se aprestaba para ir en persona a las lejanas tierras y laurearse con la gloria y honor de conquistar ciudades mejores que la Nueva España, sólo lo detuvo la Guerra del Mixtión, que comandó para vencer a los indios sublevados en Nochistlán. Así, nombró a Francisco Vázquez de Coronado capitán general de la empresa.

En marzo de 1540 el virrey se trasladó a Compostela para auspiciar la salida de la expedición terrestre compuestas por 150 hombres de a caballo, 200 de infantería, 800 indios y abasto suficiente para la jornada. Asimismo destinó tres navíos, el San Pedro, el Santa Catalina y el San Gabriel. El capitán de la armada marítima fue Hernando de Alarcón.

La expedición llegó al valle que Cabeza de Vaca había denominado “Los Corazones”. Según la *Relación del suceso de la jornada que Francisco Vázquez*

<sup>8</sup> M. de Niza, fray. *Relación*. fs. 7 y 7v.

*hizo en el descubrimiento de Cíbola,*<sup>9</sup> a 150 leguas de Culiacán y otras tantas de Cíbola.

Todo este camino hasta cincuenta leguas antes de Cíbola, es doblado, aunque en algunas partes está apartado del camino; la población es toda una suerte de gente, porque las casas son todas de petates, e alguna entre ellas, de azoteas bajas. Tienen maíz todos, aunque no mucho, y en algunas partes muy poco; tienen melones e frisoles; lo mejor de todo lo poblado es un valle que llaman de Señora, que es diez leguas más adelante de los Corazones, a donde después se pobló una villa.

El padre fray Marcos había entendido o dio a entender que el circuito e comarca en que están siete pueblos, era un sólo pueblo que llamaba él, Cíbola, e toda esta poblazón e comarca se llama Cíbola. Los pueblos son de a trescientas e doscientas, e de a cien cincuenta casas; algunos están las casas de los pueblos todas juntas, aunque en algunos pueblos están partidos en dos o tres barrios; pero por la mayor parte son juntos y dentro sus patios, y en ellos sus estufas de invierno, e fuera de los pueblos, las tienen de verano. Las casas son de dos e tres altos, las paredes de piedra e lodo, y algunas de tapias. Los pueblos por muchas partes son casa muro para indios; son demasiados de buenas casas, mayormente para estos que son bestiales e no tienen otra policía sino en las casas.<sup>10</sup>

Finalmente, cuando los expedicionarios lograron llegar a la imaginada ciudad, la decepción fue mayúscula, según Pedro Castañeda de Nájera: “Vieron el primer pueblo que fue Cíbola, fueron tantas las maldiciones que algunos echaron a fray Marcos cuales Dios no permita le comprendan. Él es un pueblo pequeño, ariscado y apretujado que, de lejos, hay estancias en la Nueva España que tiene mejor apariencia”.<sup>11</sup>

No obstante, a pesar de constatar que no existían las ciudades doradas de los relatos, Francisco Vázquez de Coronado de nuevo fue presa de su imaginario, de manera que uno de los guías lo convenció de que había rumbo al noeste una ciudad fabulosa plena de oro llamada Quiviria, la actual Wichita, y decidió ir en su búsqueda en el mes de abril de 1541. Cuando llegaron a la ciudad deseada, nuevamente sufrió una gran decepción. El guía confesó que los llevaba tierra adentro para que muriesen en el camino. Coronado hizo así el relato de sus peripecias:

<sup>9</sup> Anónimo (2004).

<sup>10</sup> Anónimo (2004).

<sup>11</sup> Castañeda (s.f.).

La provincia de Quivira está de México novecientas y cincuenta leguas [...] Y lo que pude haber es que no había oro ni otro metal en toda aquella tierra; y las demás, de que me dieron relación, no son sino pueblos pequeños; y en muchos dellos no siembran ni tienen casas sino de cueros y cañas, y andan mudándose con las vacas. Por manera, que la relación que me dieron fue falsa, porque me moviese a ir allá con toda la gente; creyendo que, por ser el camino de tantos desiertos y despoblados y falta de aguas, nos metieran en parte donde nuestros caballos y nosotros muriéramos de hambre. Y así lo confesaron las guías, y que por consejo y mandamiento de los naturales de estas provincias lo habían hecho [...]. Yo he hecho todo lo a mí posible por servir a Vuestra Majestad y descubrir tierra, donde Dios Nuestro Señor fuese servido y ampliado el Real Patrimonio de Vuestra Majestad, como su leal criado y vasallo; porque desde que llegue a la provincia de Cíbola, a donde el Visorrey de la Nueva España me envió en nombre de Vuestra Majestad, visto que no había ninguna cosa de las que fray Marcos dijo, he procurado descubrir esta tierra, ducientas leguas y más a la redonda de Cíbola, y lo mejor que he hallado es este río de Tiguex en que estoy y las poblaciones dél, que no son para poderlas poblar, porque demás de estar cuatrocientas leguas de la mar del Norte, y de la del Sur más de doscientas, donde no puede haber ninguna manera de trato, la tierra es tan fría, como a Vuestra Majestad tengo escrito, que parece imposible poderse pasar el invierno en ella, porque no hay leña ni ropa con que se puedan abrigar los hombres, sino cueros de que se visten los naturales, y algunas mantas de algodón, en poca cantidad.<sup>12</sup>

La realidad dio término a la imaginación y sin embargo en otros reinos el informe también había motivado el retorno de otro conquistador exitoso.

#### 3.4.2.3 Expedición de Hernando de Soto, gobernador de Cuba, 1539-1543

Paralela a la expedición de Coronado, Hernando de Soto organizó la propia como gobernador de Cuba. El nombramiento lo había recibido del emperador Carlos V en 1537, así como el de adelantado de La Florida.

De Soto había participado en el descubrimiento de Nicaragua y Honduras, acompañó a Francisco Pizarro al Perú, había descubierto la ciudad de Cajas y el camino a Cuzco y conoció al emperador Atahualpa. Regresó a España en 1536 cuando la escisión entre los españoles empezó a ahondarse, los enfrentamientos entre Almagro y Pizarro concluyeron con la derrota del primero, quien fue procesado y condenado a muerte, pero también la del segundo, ya que los partidarios de Almagro se concertaron para matarlo.

<sup>12</sup> Vázquez de Coronado (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).

Hernando de Soto regresó a su patria como un hombre rico, con fama y gloria y se casó con Inés de Bobadilla, quien pertenecía a una respetada familia castellana con influencia en la corte. Después de conocer el relato de Cabeza de Vaca se dispuso a conquistar las tierras ignotas, consiguió los nombramientos necesarios y zarpó de San Lúcar el 6 de abril de 1538, transportando un contingente de más de 600 hombres, nueve navíos, 220 caballos, armas, perros y cerdos. Además de los marineros viajaron varios sacerdotes y frailes dominicos, un médico cirujano, un herrero y un carpintero entendido en la fabricación de barcos.

El gobernador de Cuba permaneció en La Habana un año y se embarcó rumbo a La Florida en mayo de 1539. Arribó al mismo lugar que Pánfilo de Narváez, cerca de la bahía de Tampa, el 3 de junio de 1530. Ahí buscó a Juan Ortiz, un sobreviviente de la fallida expedición anterior, quien permanecía como cautivo de los indios, el cual le sirvió como intérprete y guía.

Después de visitar la playa donde tuvo lugar el embarque de los hombres de Narváez en la bahía de Apalache, se dirigió al este. Llegó al reino de lo que ahora se denomina Savannah, en Georgia. La soberana de aquella tribu lo obsequió regiamente, pero el adelantado no supo pagar sino con traición, se llevó cautiva a la soberana, quien escapó posteriormente.

Siguió de Soto hacia el norte y llegó al valle de Saula (en la Carolina del Norte), donde descansó quince días aprovechándose de los muchos pastos y la hospitalidad de los indios de esa región. Atravesó luego las montañas Smoky; cruzó los inmensos territorios de Tennessee y entró por el norte al estado de Alabama, ahí encontró indios amigos y tierra poblada, amplia y fértil.

Un poco más hacia el sur tuvo un fuerte descalabro frente a un poblado de nombre Nervila, lugar en el que se habían concentrado los indios para atacarlo. Cuarenta y ocho soldados murieron en la batalla y veintidós fallecieron después por falta de medicinas, pues éstas, con todo lo demás de sus abastos, había caído en poder de los indios.

Pasaron luego los soldados de la expedición a Cicosa, donde pensaron encontrar buena acogida para pasar el invierno, pero los indígenas los atacaron de nuevo, murieron en la batalla cuarenta españoles y cincuenta caballos.

Supo entonces el capitán que un poco más adelante, en territorios del actual estado de Mississipí, había una gran ciudad. El asalto fue sangriento y murieron muchos de los capitanes. Los indios sufrieron grandes bajas, pues los españoles hicieron con ellos una feroz carnicería.

El lugar no era sano ni había pasto para los caballos. Por eso, aunque de Soto pudo hacer de la ciudad conquistada su cuartel de invierno, decidió abandonarla y seguir adelante. Él y sus soldados cruzaron un río en dos piraguas,

al otro lado encontraron una población grande. Un cacique llamado Casquín los recibió como amigos. Se adentraron en territorios que son ahora del estado de Arkansas.

Después de recorrer la región durante casi tres años, de Soto no cesaba en su intento de establecer un asentamiento propicio para la navegación, pero no tan cercano a la costa para evitar el ataque de los piratas.

Pero nunca vio cumplidos sus deseos, enfermó de fiebres y ante la eminencia de su muerte, nombró a Luis Moscoso de Alvarado capitán de la expedición, se despidió de todos y murió el 21 de mayo de 1542. Lo enterraron por la noche y procuraron disimular el lugar de la sepultura. Pero luego, temerosos de que los indios diesen con el cuerpo, lo mutilaron y lo exhibieron a la manera de los indios, retiraron el cuerpo por la noche, lo envolvieron en una manta, lo pusieron en el hueco de una gruesa encina y decidieron arrojarlo al río.

Al día siguiente, el jefe de la tribu de Guachoya llevó al campamento dos muchachos indios para que acompañaran al capitán y le sirvieran en el otro mundo. Moscoso le contestó que le daba las gracias por el obsequio, pero que el capitán no había muerto, sino que había ido al cielo a unirse con otros soldados cristianos que lo necesitaban y pronto volvería.

El 15 de julio se pusieron en marcha de nuevo. Su pensamiento era ir a México donde podrían encontrar abundante comida, medicinas y, sobre todo, descanso. Atravesaron los estados de Arkansas, Oklahoma y Texas. No podían encontrar el camino hacia Nueva España, regresaron y llegaron nuevamente a las orillas del gran río. Cien hombres y ochenta caballos murieron en esta última travesía.

Al llegar al río doblaron hacia el sur y encontraron pueblos grandes de doscientas casas más o menos, pidieron que les permitieran pasar el invierno. Como los indios se lo negaron, determinaron tomar las poblaciones por la fuerza. Acometieron y ganaron, aunque murieron los capitanes Nuño de Tovar y Andrés Vasconcelos, además del intérprete Juan Ortiz.

Cansados de tantas correrías, diezmados y enfermos, se propusieron regresar a algún asentamiento español. Como los barcos se habían perdido, decidieron fabricarlos. Dos meses y medio tardaron en construir siete bergantines, cuya construcción finalizó el 24 de junio de 1543.

Los bergantines navegaron río abajo por las aguas del Mississippi, ahí se encontraron con el ejército indio que iba en una flota de casi mil canoas teñidas de negro, azul y rojo, atestadas de flecheros que cantaban sonos de guerra. Los españoles comprendieron lo difícil de su situación, no tenían modo de defenderse porque habían fundido sus arcabuces para hacer los clavos de los navíos. El ataque duró diez días, casi todos los españoles resultaron heridos, pero navegaban rápidamente

hacia el sur con el fin de alcanzar el mar y que los indios no pudieran seguirlos en sus pequeñas canoas.

Finalmente llegaron a las aguas del Golfo de México, los nativos cesaron su persecución. Navegaron a la deriva y después de casi dos meses y medio, llegaron a tierra firme en el Pánuco. La tripulación llegó descalza, algunos cubiertos con pieles de venado, oso, tigres y otros animales, otros iban desnudos. El gobernador de la provincia los cobijó y proporcionó alimentos, medicinas y ropa. En cuánto el virrey Mendoza se enteró de los nuevos naufragos, ordenó que se les transportara a la ciudad de México.

Los relatos, el de Cabeza de Vaca y el de fray Marcos de Niza, propiciaron la organización de una serie de expediciones, la auspiciada por el emperador, la organizada por el virrey, y las que impulsaba el conquistador de México-Tenochtitlan. Estos relatos no sólo motivaron que sus receptores diera rienda suelta a su imaginación, sino también que se emplearan enormes recursos materiales, y movilizaron acciones humanas de muy diverso tipo, unas llenas de heroísmo e ingenio, otras de competencia, de envidia, de enojo, de odios, también provocaron cientos de muertos y enfermos, tanto hispanos como indios del norte de América.

#### **4. El Imaginario del imaginario**

En el tiempo, las consecuencias de los informes fueron diferentes, las creencias respecto a los mismos se fueron transformando y creando nuevos imaginarios. En efecto, la *Relación* de fray Marcos de Niza generó la pervivencia de un imaginario social que impulsó a explorar en generaciones posteriores el Septentrión de América; también forjó un vínculo con otro tipo de explicación, pues historiadores y creencias sociales legendarias fueran ligadas, las siete ciudades de fray Marcos se transformaron en las siete ciudades que fundaron los obispos de Mérida allende el mar. Con ello deseamos establecer que la ficción ligó las míticas ciudades de Cibola con las no menos ficticias ciudades creadas por los obispos que huyeron del furor moro, pero ésta es una reconstrucción imaginaria de siglos posteriores que no se deriva de las relaciones o crónicas de los exploradores españoles del siglo XVI y que se ha difundido hasta la fecha.

Probablemente fue en el siglo XIX cuando se difundió la idea que persiste en la cultura popular de que las crónicas hispanas, sobre todo la de Cabeza de Vaca y Marcos de Niza respecto de la existencia de siete ciudades en el Septentrión, que se rememora, fueron construidas por los obispos de Mérida. Esta creencia, como hemos sostenido, no resulta verídica porque en las relaciones no existe ningún vínculo al respecto, sino que es, más bien, resultado de la mentalidad y creencias de lo que los historiadores del siglo XIX recordaban como motivaciones del siglo XVI.

Recordemos la leyenda: los obispos de esta ciudad huyeron de la invasión árabe llevando sus tesoros, o la versión portuguesa, que data del siglo XII, considera que los obispos salieron de Oporto, se embarcaron y establecieron en una isla o en una tierra del occidente. De acuerdo con el doctor Eduardo Saavedra esta idea persistía en el siglo XVI, y expresa:

Algo menos famosa, pero no menos legendaria, fue la isla de las Siete Ciudades. Al tiempo de la invasión árabe en España, un obispo de Oporto, decían, con otros compañeros hasta siete, y gran número de fieles, huyendo de la furia sarracena, vinieron a dar con sus naves en cierta isla remotísima, donde cada uno fundó una ciudad episcopal, no sin el gastado y consabido incendio de los barcos para cortar toda tentación de regreso a la destrozada patria. La isla figuró también en los mapas hasta el siglo XVI, y cuando ya los grandes descubrimientos demostraron que no existía, la terquedad y apego a la autoridad de las tradiciones pudo más que la evidencia de los hechos, y los geógrafos transportaron entonces las Siete Ciudades a una comarca deliciosa de la América del Norte, a donde continuaron por mucho tiempo diversas expediciones en su busca.<sup>13</sup>

Entonces, queda preguntarnos ¿cómo explicar por qué los españoles eran tan receptivos a las imprecisiones de la *Relación*?, ¿por qué efectuaron sus travesías hacia Cíbola con tanta convicción?, tanta que aún perdura en nuestro recuerdo. Para responder tales cuestionamientos debemos tener presentes dos hechos: el primero tiene que ver con la realidad, es decir, con la existencia misma del Perú y de México-Tenochtitlan, entonces, por qué no pensar que en el norte existieran reinos similares. La otra está relacionada con el impacto que tiene la creencia y costumbre sobre la imaginación y acción de los hombres: la mentalidad del espíritu hidalgo español inmortalizado por Cervantes. Así, la explicación de los hechos exploratorios parece estar imbuido del imaginario del común del español promedio del siglo XVI, y particularmente de quienes se aventuraban a cruzar el océano, pareciera que poseían un espíritu inspirado en la falta de realización de sus expectativas materiales, que nostálgicamente retrataban las novelas de caballería.

Para acentuar nuestro punto de vista haremos referencia a dos ejemplos. La denominación de la California, nombre con el cual desde 1535 se le empezó a denominar a la península descubierta por Cortés. Edward Everett Hale encontró en 1862 que la palabra procedía de la novela de caballería *Las sergas de Esplandián* de Garci Rodríguez de Montalvo, escritor de ascendencia judeoconversa y regidor de la localidad de Medina del Campo. La novela salió a la luz como quinta parte

<sup>13</sup> Saavedra (1892: 20).

del *Amadis de Gaula* y se publicó en Sevilla en 1510. La trama es el sitio de Constantinopla, ciudad que intentaban conquistar los turcos. En uno de los combates los musulmanes recibieron ayuda de la reina de la isla California, Calafia, y de sus amazonas, valientes guerreras montadas en enormes aves llamadas grifos. Cuando la ciudad estaba por rendirse, Calafia retó al paladín de la cristiandad, Esplandián, hijo del poderoso rey Amadis de Gaula, pero quedó prendada de él; para no separarse de su lado, contrajo matrimonio con Talanque, hijo del rey de Sobradisa y compañero inseparable de Esplandián. En esta narración se menciona:

Sabed que a la diestra mano de las Indias existe una isla llamada California muy cerca de un costado del Paraíso Terrenal; y estaba poblada por mujeres negras, sin que existiera allí un hombre, pues vivían a la manera de las amazonas. Eran de bellos y robustos cuerpos, fogoso valor y gran fuerza. Su isla era la más fuerte de todo el mundo, con sus escarpados farallones y sus pétreas costas. Sus armas eran todas de oro y del mismo metal eran los arneses de las bestias salvajes que ellas acostumbraban domar para montarlas, porque en toda la isla no había otro metal que el oro.

El segundo ejemplo recurre a la esencia de la imaginación en la vida que construyó Cervantes para retratar el comportamiento imaginario, los españoles del siglo XVI, donde mostró con gracia y realismo su avidez por realizar grandes hazañas. Cervantes criticaba de manera mordaz esta forma de concebir el mundo por la sociedad hispana, pero a la vez ponía en evidencia el carácter mágico con que el español de aquel entonces, y el actual, construye su realidad, es decir, el papel que la intrépida metáfora demiúrgica da a la vida, según nos explica León Felipe en su famoso poema. Dejemos explicar a Cervantes la situación.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; [...].<sup>14</sup>

Cervantes también alude al gusto que el “vulgo” tenía por esta literatura:

—Yo, a lo menos —replicó el Canónigo—, he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la

<sup>14</sup> Cervantes (Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. Cap. 1).

verdad, tengo escritas más de cien hojas. Y para hacer la experiencia de si correspondían a mi estimación, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes, que sólo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación; pero, con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesión, como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes, y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, a quien por la mayor parte toca leer semejantes libros.<sup>15</sup>

La demiúrgica esta en su sangre, la vida con imaginación es más placentera que la realidad porque la transforma, así se explican mejor las hazañas de Colón, de Cortés y de Pizarro. Los españoles de allende el mar eran seres creativos, América les dio posibilidad a su imaginación, al honor, a la utopía religiosa y a su acción económica, es decir, a los elementos con que ahora podemos reconstruir sus imaginarios, a sus móviles existenciales y a nuestras realidades ancestrales.

### **Colofón: la subestimación del imaginario en la explicación histórica**

Nada de lo sucedido con los españoles en América puede comprenderse sin asumir la naturaleza teocrática y mercantil de su vida: Dios, el rey y el oro son la base de su fe trinitaria, pero también el conjunto de valores postmedievales y convicciones renacentistas dominaran sus pensamientos y actos. A los pueblos ibéricos pertenece el mérito de descubrir rutas comerciales y el deseo vuelto convicción de actuar militar y religiosamente con varios afanes: encontrar riqueza y bienestar que mejorara su existencia precaria, defender los valores del cristianismo, a ellos acompañó una fe inquebrantable de escudar y difundir el cristianismo, y de eliminar el poder militar y comercial de los moros. Así concurrieron a Lepanto y buscaron alternativas comerciales para romper el monopolio musulmán. Poder, religión y economía se acrisolaron con sus creencias subjetivas, y, dando cause a su imaginación, encontraron alternativas para el moderno mundo occidental, es decir, para el proceso civilizador en el que aún existimos.

Fue así que estos caballeros armados mutaron su cultura terrestre por una marina, dejaron el arado y el caballo, cual Sancho lo hiciera para seguir a don Quijote, y surcaron el mar con una visión quijotesca de la vida, aplicando sus convicciones mágicas de la existencia hidalga, descubriendo y explorando nuevos mundos, abriendo los horizontes comerciales de Occidente.

<sup>15</sup> Cervantes (Biblioteca virtual Miguel de Cervantes Cap. XLVIII)..

Ahora, nos resta con la tarea de la reconstrucción de sus actos, de conocer cómo realizaron sus proezas, porque, quizá, ningún acto europeo iguale el arrojío ibérico en la búsqueda de alternativas económicas y defensa religiosa de Europa. Esta ponencia ha intentado explicar el por qué no podemos comprender las acciones ibéricas sin recurrir a su imaginario, es decir, a los elementos subjetivos de su cultura para comprender el alcance de sus irracionales acciones y de sus asombrosos resultados.

El imaginario es una reacción posmoderna que contrasta la negación respecto a la validez del ámbito subjetivo de la historia en el siglo XIX, y como reacción al positivismo histórico y los vestigios positivistas en la filosofía de la historia. Durante las últimas décadas del siglo XX el imaginario se puso de moda, tanto que, en ocasiones, pareciera que es la reconstrucción de la realidad, y no la de la creencia que coadyuba a comprenderla. Hay, sin embargo, una contrariedad cuando el imaginario, sin referencia a los hechos se constituye como alternativa del conocimiento histórico, porque en tales casos se crea como una lectura paradigmática de la realidad, o como un mito alrededor de la misma, y no como una parte de ella, por lo tanto, no propicia la comprensión del arquetipo social como referente general que mueve la acción histórica. En tales casos el imaginario se constituye en mito, ya sea por la defensa de realidades remotas, ya sea por la búsqueda de hitos, o simplemente para justificar los actos derivados de una realidad nueva.

En consecuencia, el imaginario actual responde a dos situaciones: 1) al conjunto de creencias derivadas de una forma de concebir la vida, y a esta concepción de la existencia se ajustan las explicaciones de los eventos nuevos, los cuales, en un principio son discordantes con el estado de creencia o conocimiento; 2) cuando el mismo imaginario es un paradigma al cual se ajustan los hechos como explicaciones mitológicas de la realidad. Es decir, que las interpretaciones sobre lo desconocido tienen siempre un sustento en el estado de creencias sociales que devienen de la religión, la economía, la política, la filosofía, o el desarrollo de la ciencia y de las instituciones que formamos para desarrollarlas y favorecer un tipo de convivencia, y que sin este sustento dicha explicación no deviene en conocimiento y explicación como recurso histórico. Por lo tanto puede considerarse que, sin la razón y la percepción, el imaginario representa una traba para la creación o recreación de la realidad.

Existe en la historia de la humanidad una larga comunicación de trabajos relacionados con el imaginario, sobre todo en materia de exploración de espacios al inicio de la modernidad. Hay espacios reales que son descubiertos, pero también espacios imaginarios que son los que estimularon el conocimiento del más allá o sea de los espacios reales que mostraron la globalidad actual. El imaginario está en

el pensamiento porque inicia en el momento en que la experiencia deja de ser su límite. Por ello es posible afirmar que cada cultura tiene su imaginario.

Cuando tratamos el pasado, el imaginario es todo porque lo que delimita a la razón basada en la experiencia y en la creencia se pierde en el tiempo por su escasez, y puesto que no existen jerarquías en las formaciones culturales, como no existen en el arte, la estructura subjetiva que movía las acciones del pasado se transformó en los imaginarios actuales. La iconografía es parte del imaginario, pero no sabemos leerla. La realidad, el pasado inmediato y su creencia constituyen siempre un coto o un resquicio, una ilusión o un sueño. La realidad y el imaginario, sin embargo, tienen la fuerza para crear una nueva realidad y también para reconstruir la historia, en el primer caso, como recurso literario, en el segundo, como recurso histórico.

### Referencias bibliográficas

- Adorno, R. (2004). “La prole de Cabeza de Vaca: el legado multicentenario de una de las primeras jornadas europeas en América del Norte”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año XXX, núm. 60, Lima-Hanover, 2do. semestre, pp. 251-268.
- Anónimo. *Relación de suceso de la jornada que Francisco Vázquez hizo en el descubrimiento de Cibola* (2004), Edición digital: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Título de serie: Nueva España. Textos históricos.
- Castañeda de Nájera, P. (s.f). *Relación de la jornada de Cibola*.
- Cervantes Saavedra, M. de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Cap. 1.
- León Portilla, Miguel (2001). *Cartografía y crónicas de la antigua California*. México, UNAM/IIH, 2001, p. 61.
- López de Gómara, F. (1947). *Historia de la conquista de México*, México, Robledo, p. 202.
- Núñez Cabeza de Vaca (1997). *Naufragios*, Losada, Argentina.
- Saavedra, E. (1892). *Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas. Conferencias*. Madrid, Establecimiento Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, p. 20.
- Vázquez de Coronado, F. *Carta de Francisco Vázquez Coronado al Emperador; dándole cuenta de la expedición a la Provincia de Quivira, y de la inexactitud de lo referido a fray Marcos de Niza, acerca de aquel país*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.